

10. DEMOCRATIZAR LA ECONOMÍA PARA GLOBALIZAR LA DEMOCRACIA

Toni Comín¹

INTRODUCCIÓN

La dialéctica entre la izquierda y la derecha democráticas, a lo largo de los últimos doscientos años, se puede resumir, simplificando, como una pugna entre capitalismo y democracia. La izquierda ha trabajado para que fuera la democracia la que controlara el capitalismo, incluso con la intención de suprimirlo, si esto parecía preciso para el buen desarrollo de una sociedad democrática. La derecha, en la dirección opuesta, se ha esforzado en hacer que fuera el capitalismo quien pusiera los límites y las condiciones a la democracia. Y cuando ha sido necesario no ha tenido empacho en cancelar el propio sistema democrático, si éste ponía en riesgo las bases mismas de la economía capitalista. Cuando la izquierda ha querido suprimir el capitalismo, se ha considerado que era una izquierda “no democrática”, de la misma manera que, por definición, es “no democrática” la derecha que salva el capitalismo al precio de eliminar la democracia.

La paradoja es que, para superar el capitalismo la izquierda suprimió también el mercado y la experiencia histórica demuestra que, al menos por ahora, no es posible el desarrollo de una sociedad democrática que no se sustente en una economía con mercado. Aun cuando las expresiones “economía capitalista” y “economía de mercado” no indican, al menos conceptualmente, realidades idénticas, la izquierda nunca ha sabido cómo sobrepasar el capitalismo sin suprimir el mercado; cómo construir una economía no capitalista con mercado.

1 Toni Comín es profesor de Filosofía social en ESADE.

Ello la sume en una cierta contradicción: si efectivamente el capitalismo limita el desarrollo de la democracia, la superación del capitalismo es una condición del pleno desarrollo de una sociedad democrática, pero al mismo tiempo, hoy por hoy, supondría la supresión de la misma.

Si miramos la historia política desde este punto de vista (reduccionista pero útil), se impone la conclusión de que hemos retrocedido con la globalización económica, al menos en el modelo neoliberal en base al cual se ha ido construyendo: ahora la democracia está más en manos del capitalismo, los Estados democráticos están más limitados en sus políticas económicas y sociales por los mercados globales.

Pero quizás se trate de un retroceso dialéctico: la creación de los mercados capitalistas globales nos pone ante la necesidad de reconstruir la democracia a otros niveles, que permitan restablecer un nuevo equilibrio en la pugna entre democracia y capitalismo. La globalización del capitalismo nos obliga a llevar adelante una globalización de la democracia. Y si este proceso de construcción de mecanismos de democracia global avanza, es posible que “la política” que tengamos después de este retroceso sea mejor que “la política” que teníamos antes.

Hay que acometer un proceso de *democratización de la sociedad internacional*: construir la democracia allí donde es necesaria y está ausente (en las instituciones globales), y fortalecerla allí donde existe pero se revela insuficiente (en el nivel nacional y local).

En las páginas siguientes, expondremos algunas de las medidas necesarias para dar contenido real y concreto a este proceso de democratización. Sin embargo, antes de exponerlas, haremos una breve descripción del actual proceso de globalización (económica), para entender hasta qué punto las medidas propuestas pueden dar respuesta al afán de mayor justicia social, a nivel global y local.

1. PRIMERA PARTE: EL DIAGNÓSTICO

1.1. ¿Qué es la globalización?

La globalización es un proceso fundamentalmente económico que consiste en la creciente integración de las distintas economías nacionales en un único mercado capitalista mundial. Durante las últimas décadas ha habido un aumento muy notable de la movilidad de los actores y los factores económicos: el capital financiero, la inversión directa de las empresas, los bienes y los servicios, y la tecnología, que está generando un aumento de las

interconexiones financieras y comerciales: esto es lo que conocemos con el nombre de globalización (económica).

Un ejemplo: antes de la globalización el espacio en el que una empresa (por ejemplo francesa) conseguía su financiación, contrataba su mano de obra, compraba sus proveedores y sus materias primas, y vendía sus productos era su mismo país; con la globalización el espacio en el que una empresa puede realizar todos y cada uno de estos intercambios es el mundo en general. Una empresa globalizada puede poner su fábrica en el sureste asiático, conseguir la financiación de ahorradores de cualquier lugar del mundo a través de la bolsa de su país, que está conectada con el resto de bolsas del planeta, comprar materias primas en otro continente, y vender sus productos a consumidores de países que no tengan nada que ver con el país de origen de la empresa.

1. 2. ¿Quién lidera este proceso? ¿Qué lo ha hecho posible?

Los líderes de este proceso de globalización son, por un lado, grandes empresas multinacionales, que operan libremente en los mercados globales y los dominan. Pero estas empresas que lideran este proceso de construcción de un único mercado mundial ya no son empresas multinacionales en el sentido tradicional, sino “empresas-red”, es decir empresas que distribuyen su proceso productivo a lo largo y ancho del planeta en función del valor añadido de cada fase del proceso: los países centrales de la economía mundial, con costes laborales altos y alto nivel de capital humano, se quedan las fases de producción de alto valor añadido; los países periféricos, con costes laborales bajos y bajo capital humano, se quedan los trabajos de menos valor añadido.

Por el otro lado está la red de mercados financieros, es decir, las bolsas de los distintos países del mundo, que están conectadas en una red global que funciona como un único mercado financiero mundial unificado, donde operan sobre todo los grandes capitalistas institucionales (fondos de inversión y de pensiones, gestionadas por los grandes bancos).

Este proceso ha sido posible gracias a tres cambios en el panorama político, jurídico y tecnológico en que se basa la economía mundial:

a) La revolución en las tecnologías de la comunicación y la información (TIC), que ha puesto las bases tecnológicas que posibilitan este aumento en la movilidad de los factores y los actores económicos. Esta revolución nace ya en los años setenta pero no empieza a dar sus frutos hasta la década de los noventa.

b) Los propios Estados, interesados en promover el aumento de competitividad, eficiencia y productividad de sus empresas, han promovido un

proceso de liberalización de las barreras jurídicas que impedían la libre circulación de capitales, la libertad de inversión o el libre comercio de bienes y servicios.

Este proceso de liberalización y desregulación –cuyas medidas se agrupan en el llamado “consenso de Washington”- puso las bases jurídicas de la globalización y fue impulsado muy especialmente desde las instituciones económicas y financieras multilaterales, como el FMI, el Banco Mundial y la OMC.

c) También fue importante para el desarrollo de la globalización la caída del muro de Berlín y la desaparición del bloque del Este, que generó un nuevo contexto geopolítico en el que el sistema capitalista aparecía como el vencedor de la guerra fría. Esta victoria occidental puso las bases ideológicas y políticas de la globalización neoliberal.

1. 3. Disfunciones de la globalización: el mercado capitalista global no es ni estable ni libre

a. Los mercados financieros inestables

El nivel en el que la globalización se ha desarrollado más, por ahora, es el de los mercados financieros, por donde cada día circulan miles de millones de dólares de los que dependen muchas oportunidades de crecimiento de los países en desarrollo. Estos mercados están dominados por capitales que a menudo se comportan de modo especulativo y que viven una permanente situación de inestabilidad, causada en buena medida por el hecho de que los inversores buscan la rentabilidad a muy corto plazo, más que el crecimiento a largo plazo.

Las crisis financieras de México en 1994, o del Sureste asiático en 1997 demuestran que los mercados financieros no se autorregulan de una manera eficiente, en contra de lo que predicen los defensores del neoliberalismo².

Para entender lo que supone una crisis financiera, vale la pena el ejemplo de lo que ocurrió en Indonesia en 1997. En pocos meses, los inversores huyeron masivamente del país, generando una crisis económica importante: muchas empresas indonesias cerraron y el paro se triplicó en dos años, según datos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Como en Indonesia no hay subsidio de paro, el paro masivo se tradujo en pobreza y ésta en mala alimentación; como no hay una red de salud pública suficiente, la mala alimentación se tradujo en extensión de las epidemias y las enfermedades y esta en un aumento de la mortalidad.

2 Para más información sobre el mal funcionamiento de los mercados financieros globales, ver: STIGLITZ, J.: *El malestar en la globalización*, Ed. Taurus, 2002.

b. El libre comercio asimétrico

Otra disfunción importante de la globalización está en la libre circulación de bienes y servicios o, "libre comercio". Los países en desarrollo han abierto sus economías a los productos, las tecnologías y los capitales de los países desarrollados. Las empresas del Norte cada vez encuentran menos barreras para vender o invertir en el Sur. En cambio, los países del Sur difícilmente pueden vender en los países del Norte, pues éstos mantienen barreras proteccionistas a los productos del Sur. Concretamente, los países del Norte (en forma de aranceles, o de subvenciones a sus propios productores) ponen barreras a los productos agrícolas y a muchas manufacturas que es, precisamente, lo que producen las empresas de los países del Sur y lo que permitiría el despegue de sus economías y la mejora del nivel de vida de sus habitantes si el Norte les abriera sus mercados. De todas las injusticias que el Norte comete contra el Sur, posiblemente ésta es la que más perjudica el crecimiento de sus economías.

1.4. ¿Con la globalización ganan todos?... ¿O se agranda la distancia entre países ricos y países pobres?

La globalización económica es un gran mercado global sin apenas regular donde los más fuertes, es decir los grandes grupos financieros (Wall Street) y las grandes multinacionales, normalmente acaban por imponer sus intereses, sin tener en cuenta hasta qué punto perjudican a los países del Sur. Los partidarios del actual modelo de globalización neoliberal argumentan que la globalización es un "juego de suma positiva", es decir: que todos los participantes salen ganando: desde el punto de vista del crecimiento económico todos están mejor con la globalización que sin ella. El libre comercio (mucho más libre para unos que para otros) y la libre circulación de capitales permiten que el crecimiento de la economía mundial sea mayor del que sería sin esta libertad.

Esto, si nos atenemos sólo a los datos, puede ser cierto. Sin embargo, como dice Amartya Sen, el economista hindú y premio Nóbel, la pregunta está mal puesta³. Cuando tenemos un juego de suma positiva, no hay que preguntarse si todos salen ganando sino qué parte se está llevando cada cual. Lo que deberíamos preguntarnos es: cómo se está haciendo el reparto de esta riqueza adicional que la globalización posibilita. Los datos indican que la globalización lleva a cabo una distribución muy desigual de los beneficios que crea. Los países ricos mejoran mucho (en términos de PIB y de renta per cápita), mientras que los países pobres mejoran sólo un poquito o casi nada. Incluso algunos países (del África, básicamente) están hoy peor que en los años ochenta.

3 SEN, A. "Dix vérités sur la mondialisation", *Le Monde* (20/7/2001)

La globalización, mediante libre circulación del capital financiero, de las empresas multinacionales y del libre comercio, está generando una nueva *división internacional del trabajo*. Como ya dijimos, las grandes empresas distribuyen su producción fragmentariamente en función de los costes de cada parte del mundo: los países pobres se quedan con las tareas de bajos salarios; los países ricos las tareas con mayores salarios. Así se produce la mayor paradoja de la globalización: la mayoría de países crecen, pero las desigualdades entre Norte y Sur aumentan.

Un ejemplo, citado por el PNUD, ilustra meridianamente por qué al mismo tiempo que el pastel de la economía mundial crece, las desigualdades entre Norte y Sur aumentan. Tomemos una multinacional, en este caso la Walt Disney, y veamos de qué modo distribuye internamente la pobreza. El sueldo más alto de la Walt Disney Co. es el de su consejero delegado; el sueldo más bajo de la misma empresa es el de una trabajadora de una fábrica instalada en una zona franca de Haití, que cose pijamas con dibujos de Disney. Según el PNUD, esta trabajadora tardaría más de 110 años en ganar lo mismo que el consejero delegado gana en 1 hora. Gracias a la inversión extranjera directa (IED), la Walt Disney puede crear puestos de trabajo en Haití, que si no quizás no existirían; y puede vender sus productos más baratos en Estados Unidos. El producto mundial total es mayor gracias a la IED que la globalización facilita. Sin embargo, en virtud de esta misma globalización financiera y comercial, el pastel se distribuye de un modo cada vez más desigual. La pregunta que debemos hacernos no es si la muchacha de la maquila de Haití tendría trabajo en caso de no trabajar para la Walt Disney. Como propone Amartya Sen, la pregunta que tenemos que hacer es si la diferencia entre los sueldos del director general y la trabajadora de Haití es razonable, considerando que se trata de una misma empresa.

1.5. Las desigualdades aumentan

En consecuencia, se da la paradoja de que, aunque la mayoría países del mundo estén hoy mejor que hace veinte años (en términos de PIB), las diferencias entre países ricos y países pobres han aumentado. Según el PNUD, la diferencia entre el 20 % más rico de la población mundial el año 1960 era de 30 a 1, el año 1991 era de 61 a 1 y el año 1998 ya era de 78 a 1. Y para dar una imagen más concreta de estas desigualdades, el mismo PNUD hizo una serie de comparaciones entre el consumo de los países ricos y las necesidades de los países pobres:

a) Dar de comer a todos los niños desnutridos del mundo menores de 5 años costaría, al año, unos 13.000 millones \$; los ciudadanos de EEUU se gastan en comida para animales cada año 17.000 millones \$.

b) Dar escolarización primaria a todos los niños del mundo sin escolarizar costaría cada año unos 8.000 millones \$; cada año los ciudadanos de EEUU se gastan la misma cantidad en cosméticos.

c) Dar salud reproductiva a las mujeres del mundo que carecen de ella costaría al año unos 12.000 millones \$ (la falta de salud reproductiva es una de las principales causas de mortalidad infantil) Los ciudadanos de Europa y los EEUU se gastan lo mismo en perfumes.

d) Dar acceso al agua potable a todas las personas que carecen de ella costaría unos 9.000 millones \$⁴.

1.6. La desconexión entre el mercado global y el Estado nacional

Este aumento de las desigualdades se debe en buena medida a que la globalización ha roto el equilibrio que se estableció después de la II Guerra Mundial entre el mercado y el Estado en muchos países: en Europa con la construcción del Estado del bienestar; y en el Tercer Mundo con las descolonizaciones. Antes de la globalización los estados tenían la posibilidad de regular las economías de sus países: tenían capacidad para intervenir en los mercados, para redistribuir la riqueza a través de políticas fiscales, para garantizar una cierta cohesión social. El Estado podía hacer esto en la medida en que su ámbito de actuación era equivalente al del mercado. Ahora, sin embargo, el Estado ha quedado pequeño para intervenir en los mercados globales. Se ha roto el equilibrio entre Estado democrático y mercado capitalista: ya no es el Estado el que marca los límites al mercado, sino el mercado global el que marca los límites a la actuación del Estado.

El sociólogo polaco Zygmunt Bauman se refiere a este proceso como la “segunda desconexión”. En el siglo XVI y XVII, con el nacimiento del capitalismo comercial, la economía y el mundo de la empresa se libró de las ataduras a las que lo tenían sometido las instituciones políticas que, en muchos casos, eran todavía de origen medieval (gremios, servidumbres de paso, tributos locales, etc.). Ahora, con el capitalismo global ligado a las nuevas tecnologías, el mundo de la empresa se ha librado de las regulaciones a las que lo tenía sometido el Estado-nación. La empresa, por segunda vez en la historia del capitalismo, se desconecta de las instituciones políticas⁵.

Según Joan Majó: “por razones ideológicas y por intereses económicos se ha permitido y se ha querido lo que yo llamo una globalización asimétrica. Esto quiere decir que no todas las barreras han caído al mismo ritmo, ni el alcance de la caída ha sido el mismo. Esto ha deshecho muchos equilibrios, ha favorecido mucho a unos y ha perjudicado a otros, a personas, a

4 PNUD: *Human Development Report 1997*.

5 BAUMAN, Z. “El desafío ético de la globalización”. *El País* (20/6/2001).

grupos, a países, de manera evidente. (...) Tenemos globalización económica y financiera sin tener globalización social ni política... Los capitales se pueden mover sin ningún control ni impuesto, las empresas pueden trasladar sus inversiones y sus productos con plena libertad y las personas tienen dificultades reales para moverse de manera permanente. Y lo que es peor, los contrapesos sociales (los sindicatos, por ejemplo) o políticos (las normas estatales) que permitían equilibrar a nivel nacional el poder económico, no tienen réplica a nivel global.

Un mundo donde la economía pasa por delante de la política es un mundo donde las leyes de mercado se convierten en el único referente y las exigencias de la competitividad imponen su ley sobre las personas y los territorios. Estamos yendo hacia ahí. La larga tarea de dos siglos realizada... por las socialdemocracias europeas, que había permitido a nivel nacional un buen equilibrio entre libertad de mercado y seguridad social, entre iniciativa privada y normas regulatorias, entre poder empresarial y negociación sindical, ha quedado en buena parte comprometido.”⁶

1.7. Instituciones globales sin democracia

Es verdad que existen instituciones globales (FMI, Banco Mundial y OMC) que tendrían la posibilidad de regular los mercados globales y establecer políticas redistributivas entre Norte y Sur. Pero no son democráticas: el poder (la mayoría de votos) está en manos de los países ricos, fundamentalmente los EEUU. En consecuencia, estas instituciones fomentan las políticas que determinan los EEUU y el resto de países ricos, y dentro de estos países lo que determinan sus poderes económicos: la comunidad financiera (Wall Street, la City de Londres, etc.) y las grandes multinacionales. Estos poderes económicos no desean cambios en el funcionamiento de la actual globalización neoliberal.

En resumen, tenemos globalización económica (capitalista) pero carecemos por completo de una verdadera globalización política y social, lo cual supondría la existencia de instituciones democráticas globales que hoy por hoy no existen. Tenemos instituciones políticas democráticas: los Estados nacionales. Pero son demasiado pequeñas para regular los mercados globales. Tenemos instituciones políticas globales, que podrían regular la globalización en beneficio de todos: el FMI, el Banco Mundial, la OMC. Pero no son democráticas, y no les interesa serlo, puesto que fundamentalmente actúan en función de los intereses de los países ricos.

6 MAJÓ, J. Conferència pronunciada en el marc de les “Jornades sobre la dimensió social de la globalització”, INTRESS, Barcelona 2002.

1.8. El trilema global

Según el economista norteamericano Daniel Rodrik, la sociedad internacional está hoy no ya ante un dilema sino ante un trilema. Dibujemos un triángulo para comprender esta idea:

Integración económica

Estado-nación

Democracia

El trilema de Rodrik consiste en que no es posible quedarse con los tres vértices del triángulo simultáneamente. Hay que elegir dos de ellos, y renunciar al tercero. Desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta que empieza a madurar la globalización se optó por la democracia y el Estado-nación (modelo de Bretton Woods), prescindiendo de la globalización económica, en parte porque las condiciones tecnológicas (poco desarrollo de las TIC) y las políticas (guerra fría) no hacían posible una integración real a escala global.

La globalización neoliberal opta por la integración económica y por el Estado-nación, pero prescinde de la democracia. Esta manera de interpretar el neoliberalismo es interesante porque pone de relieve que el Estado-nación ha jugado un papel clave en el proceso de liberalización, privatización y desregulación que ha puesto las bases para la globalización económica. Los Estados-nación han sido los ejecutores del “consenso de Washington”, con más o menos convencimiento, y sin ellos el neoliberalismo no hubiera sido posible. Ellos ponen las economías nacionales al servicio de los mercados globales, y lo hacen a menudo en contra de las demandas ciudadanas.

Si queremos juntar la integración económica, que es lo que tenemos hoy, con la democracia, que es lo que deseamos en el nivel de los principios y los valores, no podemos hacerlo en el marco del Estado-nación. Esto es lo que pone encima de la mesa la tercera opción del trilema: la que opta por la democracia y la integración económica, renunciando al Estado-nación. Dicho de otro modo: en el contexto actual de integración económica, la democracia sólo es posible si se organiza en un nivel superior al del Estado-nación. La integración económica no es renunciable porque responde a condiciones objetivas (cambios tecnológicos, fundamentalmente). Pero hay muchas maneras de llevar adelante este proceso de integración económica: un modelo neoliberal más o menos puro, un modelo social moderado, un modelo social fuerte, etc. Además, en principio, la integración económica, bien regulada, permite que el producto mundial sea mayor de lo que se-

7 RODRIK, D. *Feasible Globalisations*, Harvard University, 2002.

ría sin integración. Esto es lo que predice la teoría económica clásica cuando defiende el libre comercio y la libre circulación de capitales.

Por lo tanto, no se trata de renunciar a la integración económica (cosa históricamente poco factible), sino de reconstruir la democracia a escala global. Sólo así es posible recuperar el equilibrio entre el mercado y el “Estado”, lo privado y lo público, el capitalismo y la democracia, la política y la economía, los derechos sociales y la libertad de empresa. De los “viejos” *welfares* nacionales que fueron el mejor fruto de la segunda mitad del siglo XX, la globalización económica nos obliga a avanzar hoy en la construcción de un *welfare* (o bienestar) global.

2. SEGUNDA PARTE: LAS ALTERNATIVAS

2.1. Las tres columnas del *welfare* global

¿En qué puede consistir esta suerte de “Estado del bienestar mundial”, del que hablábamos al final del capítulo anterior? ¿Cuáles son las estructuras, las instituciones, los procesos políticos que nos permitirán avanzar en la construcción de una democracia planetaria? Algunos autores, como por ejemplo David Held, hablan en este sentido de “democracia cosmopolita”⁸. Held piensa, entre otras cosas, en unas Naciones Unidas mucho más integradas, es decir, con mucho más poder de regulación de la sociedad mundial, y al mismo tiempo mucho más democráticas, es decir, con mucha más legitimidad, y que federen libremente todos los Estados del planeta.

El filósofo Michael Walzer se pone también esta misma pregunta. Según él, una democracia mundial no puede imaginarse en el marco de un Estado mundial, que, por democrático que fuera, podría convertirse en un poder tan extraordinario a escala global, que ahogara la verdadera democracia, que parte de la vitalidad y la pluralidad de la sociedad civil. Walzer propone un modelo de democracia global con tres columnas: una Organización internacional que agrupe a todos los Estados del planeta, y que sea un marco de cooperación prioritario a la hora de establecer las leyes que deben regir la sociedad internacional. En segundo lugar, un mundo organizado en base a federaciones regionales, que permitan a los actuales Estados-nación integrarse en comunidades políticas más amplias, distribuyendo el poder geopolítico de una manera equitativa. En tercer lugar, una sociedad civil global activa, formada por movimientos sociales, ONG internacionales, etc.⁹

8 HELD, D. *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Paidós 1997, Barcelona.

9 WALZER, M. “La societat internacional. Set models per repensar el món del futur” a *Idees*, núm 10, 2001, Barcelona.

Le tomamos la palabra a Walzer y, sin alejarnos demasiado de su literalidad, la interpretamos de modo que cuadre a nuestro contexto actual. La primera columna de una democracia global consistiría en una ONU reformada y democrática, que responda a la lógica de los derechos sociales y culturales. A este asunto dedicaremos el siguiente apartado.

El mejor ejemplo de federación regional que tenemos hoy sobre la mesa es sin duda la Unión Europea, que, con todas sus crisis y sus impasses, es el ejemplo de integración regional pacífica y democrática más avanzada que existe en el mundo. Al margen de los Estados que ya constituyen una "región política" por sí mismos (China, India, Rusia y los EEUU), la UE es un modelo para muchas otras regiones del planeta, que así lo reconocen abiertamente. Ahí está el Mercosur, los intentos de integración del continente africano, o del sureste asiático. Quizá el mundo árabe constituya el caso más conflictivo, en lo que a perspectivas de integración regional se refiere. En cualquier caso, la necesidad de una sociedad mundial organizada en base al regionalismo parte de la siguiente constatación: cuando la interdependencia se da entre Estados o grupos sociales muy desiguales, inevitablemente se convierte en dominación. Para gozar de una *interdependencia democrática* (la opción buena del trilema de Rodrik) parece necesario organizar el mundo en unidades con similar poder de negociación.

La sociedad civil mundial hoy está reflejada en todos los movimientos sociales globales y en aquellas ONG que, en los últimos años, han tomado la delantera a la hora de liderar la opinión pública mundial y de marcar la agenda de la política internacional. En este sentido, el Foro Mundial de Porto Alegre supone el referente más claro de qué significa una "sociedad civil mundial" activa. Esta sociedad civil es la conciencia crítica sin la cual la vida democrática de cualquier sociedad (también la sociedad internacional) se hace completamente decadente.

Cuando nació el movimiento en favor de otra globalización y el Foro de Porto Alegre, algunos lo interpretaron como un "parlamento mundial" informal, donde la ciudadanía mundial podía discutir los grandes temas planetarios a través de una multitud de organizaciones allí reunidas, a falta de un verdadero Parlamento Mundial, que debería existir en Naciones Unidas, si éstas fueran realmente democráticas. Porto Alegre jugaba, pues, un rol *sustitutivo*: la sociedad civil tenía que encargarse de un debate que la falta de instituciones globales democráticas hacía imposible en el nivel político oficial. La perspectiva de Walzer nos recuerda que, aun cuando Naciones Unidas avance y madure, y sea capaz de desarrollar instituciones de democracia global mucho más perfectas que aquellas de las que hoy dispone, el rol de la sociedad civil global seguirá siendo completamente necesario. Llámese Foro Social Mundial, llámese de otra manera, esta sociedad civil

global no sólo juega un papel *sustitutivo* de las instituciones democráticas que hoy faltan, sino que es parte *constitutiva* de cualquier proyecto de democracia global.

En resumen, nuestra interpretación de la idea de Walzer es que una ONU más democrática no se puede sostener en su propia legitimidad, sino que requiere de dos columnas en las que sostenerse. Por un lado, una organización política del mundo en base a federaciones regionales, que integren a los actualmente dispersos Estados-Nación. Por el otro, una sociedad civil global en la que recae necesariamente el siguiente papel: hacer de *alma* de una vida democrática global. Un *alma* sin la cual la democracia misma no es posible.

2.2. Unas Organizaciones internacionales democráticas

¿En qué consiste una ONU realmente democrática? Recordemos que se trata de recuperar a escala global la lógica de los *welfares* nacionales y de reestablecer la preeminencia de los derechos sociales o, al menos, de poner el crecimiento económico global al servicio de los países menos desarrollados y del bienestar social de la humanidad en su conjunto. Ésta y no otra es la lógica de la democracia.

El FMI, el Banco Mundial y la OMC ejercen, actualmente, el poder de dirigir la economía internacional y su proceso de integración. Hacen las veces de un “ministerio de economía” global. El problema, por lo tanto, no es de falta de instituciones globales sino del carácter no democrático de las mismas. Éstas instituciones están en manos de las potencias occidentales (los países del G-7), y más concretamente, al servicio de los Estados Unidos. O para ser más exactos: al servicio de los intereses financieros (Wall Street) y comerciales (las grandes multinacionales) de los Estados Unidos.

Si en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el poder está repartido de modo poco democrático, puesto que en él las cinco potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial cuentan con derecho de veto, en el FMI y el Banco Mundial este poder está repartido de una manera todavía menos democrática. Se trata de organismos financieros multilaterales, donde la cuota de voto es proporcional a la aportación de cada Estado socio. La minoría de bloqueo de las decisiones se sitúa en el umbral de la aportación mayoritaria, que es la de los Estados Unidos. En consecuencia, se trata de instituciones con “derecho de veto” concedido a un único país (los Estados Unidos).

A. De entrada, por lo tanto, es necesario democratizar el Fondo Monetario Internacional. ¿Qué debería hacer un FMI democrático? Regular el sistema monetario y financiero internacional de modo que esté al servicio del

crecimiento de los países en desarrollo. Aunque la retórica del FMI pretende actualmente que ya se dedica a esto, la realidad es otra. Los intereses que primero defiende son los de la comunidad financiera occidental (representada por Wall Street en primer lugar), y éstos no coinciden con los de la economía global y su crecimiento, por mucho que la comunidad financiera tienda a creer que “sus intereses” son idénticos a “los intereses de la economía global”.

En concreto, tareas de un FMI democrático deberían ser:

- a) Eliminar los paraísos fiscales.
- b) Penalizar la especulación financiera (por su potencial de desestabilización de los mercados financieros y su tendencia a incentivar crisis financieras sistémicas), ya sea con la “tasa Tobin” o con cualquier otra medida parecida.
- c) Estabilizar los mercados financieros, para evitar las crisis sistémicas, como las de la última década en México, el Sudeste asiático, etc.
- d) Impulsar la condonación de la deuda externa de los países más pobres. En este sentido, es interesante la propuesta de algunas ONG en la Cumbre de la ONU sobre Desarrollo (Monterrey, 2002), donde se propuso instituir un Tribunal de la Deuda, presidido por economistas prestigiosos de renombre internacional, que evalúe caso por caso. El Club de París, donde se desarrollan actualmente las negociaciones para la condonación, es un foro de negociación donde todo el poder está en manos de los países acreedores.

B. En segundo lugar, es necesario democratizar el Banco Mundial. ¿Qué debería hacer un Banco Mundial democrático? Si la misión de esta institución es la erradicación de la pobreza, el Banco Mundial debería ser capaz de organizar un sistema de redistribución entre países ricos y pobres, que permita garantizar un mínimo de solidaridad a nivel global. Se trata de articular un “sistema fiscal internacional”, que permita redistribuir una parte mínima del producto mundial. Como hemos visto al abordar las cifras del PNUD, las necesidades más elementales de la gran masa de pobres (cerca del 25 % de la población mundial con menos de 1 \$ diario; cerca del 50 % con menos de 2 \$ diarios) tienen un coste que se acerca apenas al 1 % ó 2 % del producto mundial. Nos referimos a las necesidades más básicas como escolarización primaria, salud primaria, acceso al agua potable y alimentación básica. La humanidad en estos momentos es capaz de integrar sus economías en un único mercado mundial, y ¿no es capaz de articular un sistema fiscal global capaz de redistribuir un 1% o un 2 % de la riqueza total del mundo?

De hecho, aunque esta propuesta así planteada puede parecer un objetivo altamente utópico, hoy en día hay multitud de realidades o propuestas funcionando en el planeta, que apuntan en esta dirección. Empezando por la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD), el célebre 0'7%, que viene a ser un embrión de sistema de solidaridad Norte-Sur. El inconveniente de la AOD es que mayoritariamente toma la forma de créditos, y no de transferencias netas.

Un modelo interesante para un "sistema fiscal global" son los Fondos de Cohesión de la Unión Europea: los países ricos de la Unión pagan infraestructuras de los países pobres que sirven para elevar la competitividad de los mismos e impulsar su desarrollo económico. Un sistema fiscal global viene a ser como unos "Fondos de Cohesión" a escala mundial. A esto apuntaba el presidente de Brasil, Lula, cuando en el Foro Mundial de Davos (año 2003) hablaba de la necesidad de instituir un Fondo Mundial Contra la Miseria y el Hambre, financiado por los países ricos y las grandes corporaciones mundiales, para sufragar las necesidades sociales de los países con mayores índices de pobreza.

En la misma dirección apuntan los defensores de la "tasa Tobin", cuando explican que los fondos recogidos por la misma deberían servir para cubrir las inversiones sociales de los países pobres. Y hasta el propio director del Banco Mundial, cuando plantea (a partir del año 2001) la posibilidad de conceder a los países más pobres del África o del Asia, donaciones, sin reembolso en vez de créditos, por favorables que éstos puedan ser, como había hecho el Banco tradicionalmente. O los partidarios de la condonación de la deuda externa, cuando quieren liberar de la carga financiera a los países deudores para que puedan dedicar la parte de los presupuestos públicos que ahora se destina al servicio de la deuda, a financiar la educación y la salud de sus países.

Todas estas propuestas y realidades (0'7, tasa Tobin, cancelación de deuda, Fondo Mundial contra la Miseria, o donaciones del Banco Mundial) vienen a ser embriones de esto que aquí hemos llamado "sistema fiscal internacional". En cualquier caso, y siguiendo el modelo inspirador de los Fondos de Cohesión de la UE, se trata de articular un modelo de transferencias Norte-Sur que sirva para mejorar la competitividad de los países en desarrollo y no su dependencia. Se trata de permitir que su integración en la economía mundial se haga en unas condiciones mínimamente equitativas. Hay que conceder una premisa: las inversiones en infraestructuras físicas (carreteras, teléfonos, internet, canalización de aguas, etc.) y las inversiones sociales (educación y salud) no serán cubiertas, o no lo serán suficientemente, por parte los inversores privados, es decir, por parte de los mercados, globales o locales. Hace falta una intervención pública para cubrir estas inversiones, que son condición necesaria para el desarrollo económico de

estos países. Las inversiones sociales mejoran el capital humano de los países en desarrollo; las infraestructuras de comunicaciones mejoran las condiciones en que opera el capital físico. Son condición necesaria para mejorar la competitividad de estos países e, incluso, para convertirlos en destino rentable de los inversores extranjeros. Y el débil Estado de la mayoría de países pobres no tiene capacidad financiera para afrontar estas inversiones. Por esto, requiere un respaldo financiero que debería provenir de este “sistema fiscal internacional”.

En cualquier caso, si consideramos como “bienes públicos globales” la educación y la salud (que incluye alimentación, medioambiente y agua potable) de la humanidad, un sistema fiscal internacional no es sino el único modo de financiar estos “bienes públicos globales”, que en ningún caso podrán financiar ni los mercados globales por sí mismos, ni los Estados-nación por separado.

C. En tercer lugar, es necesario disponer también de una OMC democrática, para que aplique de manera equitativa los criterios que rigen el libre comercio internacional. Lo primero que debería hacer una OMC democrática es acabar con las actuales asimetrías que gobiernan el comercio mundial: eliminar las barreras (ya sea en forma de aranceles, normas o subsidios) de los países del Norte a los productos de los países del Sur.

Sin embargo las implicaciones del comercio mundial van mucho más allá: afectan a cuestiones sensibles para el desarrollo y la justicia de la sociedad mundial tales como la salud, la educación, la cultura, la alimentación, o el medio ambiente. Por esto, la cuarta reforma institucional que permitirá dar paso a un modelo de globalización no neoliberal, sino gobernado desde instituciones y criterios propiamente democráticos es el refuerzo de todas aquellas instituciones que forman parte del sistema de la ONU, pero que hoy en día tienen un papel meramente simbólico o disponen de una legitimidad moral, pero carecen de verdadero poder político y de suficiente capacidad financiera.

Me estoy refiriendo a las instituciones “sociales” de la ONU como la OMS (salud), la FAO (alimentación), la UNESCO (diversidad cultural), la OIT (derechos laborales), o el PNUMA (medio ambiente). Estas instituciones deberían tener capacidad para regular la economía mundial (por lo tanto, el comercio internacional y la libre circulación de capitales) en lo que a sus áreas se refiere:

- a) La OIT debería tener la capacidad para instaurar unas condiciones laborales mínimas de cumplimiento obligatorio para cualquier inversor extranjero en el Tercer Mundo.

b) La OMS debería poder regular de acuerdo con el derecho a la salud, el actual sistema de patentes vinculado a la industria farmacéutica y las normas de comercio que limitan actualmente la comercialización de genéricos entre países pobres.

c) El PNUMA debería impulsar el proceso iniciado con el tratado de Kyoto, para llevar a cabo una regulación pública, global y cooperativa de los límites ecológicos del crecimiento económico de la humanidad.

d) Y la UNESCO debería proteger la diversidad cultural de un modelo de globalización económica que no sólo supone un incremento de las desigualdades entre Norte y Sur, sino además una fuerte presión para la occidentalización cultural de los países en desarrollo, cuyo crecimiento económico está en manos de unos mercados globales liderados por los inversores y las corporaciones occidentales.

La economía nunca va sola: arrastra consigo una serie de valores y contenidos que afectan al ámbito cultural de las sociedades. La globalización no es sólo una propuesta (fallida) de desarrollo económico para los países pobres, sino una “amenaza” de occidentalización cultural de los mismos. En este sentido, el fundamentalismo es otra de las reacciones que el modelo de globalización neoliberal ha generado. Como ésta provoca una aguda alienación cultural en aquellas sociedades con fundamentos culturales todavía muy tradicionales, el fundamentalismo (o exacerbación dogmática de las propias raíces culturales) se convierte en el refugio defensivo de estos grupos sociales o sociedades que se sienten fuertemente alienadas por los mercados globales y su huracán occidentalizador. El ideal utópico que ponemos en este punto (representado institucionalmente por la UNESCO) es el de una integración económica mundial que sea democrática también desde el punto de vista cultural. Es decir, que el comercio mundial y la circulación de capitales no atente contra la diversidad cultural del planeta.

2.3. Democratización “por arriba”, democratización “por abajo”

Las instituciones globales nos quedan muy lejos. Sin embargo es necesario abordar la posibilidad de construir estructuras de democracia global, que deben estar encarnadas en instituciones globales, aunque no exclusivamente, dado que los procesos y los actores sociales (políticos, económicos y culturales) que condicionan la vida cotidiana de las personas sólo pueden ser regulados, en muchos casos, desde estas hipotéticas instituciones globales.

Recuperar del control de las personas sobre aquellos procesos que determinan su vida cotidiana, o democratizar la sociedad y fortalecer los derechos humanos de los que depende la vida cotidiana de las personas, es algo

pasa por la construcción de instituciones que encarnen la democracia global. Es en nombre de la redemocratización de la vida social y, por ende, de la vida cotidiana de la gente como nos hemos ido “tan lejos”, “arriba de todo”: al FMI, a la OMC, a la Unión Europea...

A raíz la deriva neoimperialista de los Estados Unidos, ejemplificada por la intervención en Irak, la democracia en el campo de la paz y la seguridad ha pasado a ser el primer punto en la agenda de la justicia mundial. Pero eso ya no cabe aquí. Seguramente habría que insistir más en los riesgos ecológicos de la globalización. Y también en la cuestión cultural, abordando la democratización de los medios de comunicación de masas y la separación entre el poder económico y el poder mediático. En este texto, en cualquier caso, nos hemos querido centrar sólo en la dimensión más estrictamente económica de la globalización.

Si ahora aludimos a estas otras dimensiones problemáticas de la globalización es porque ponen el dedo en la misma llaga que las disfunciones económicas: en todos los casos (los desequilibrios económicos, el desorden militar, los monopolios mediáticos y los expolios ecológicos) estamos ante un déficit de democracia en la regulación de aquellas instituciones, actores y procesos que condicionan la vida cotidiana de la mayoría de habitantes del planeta. Y en todos los casos la solución pasa, en buena medida, por la construcción de *instituciones globales democráticas* que permitan efectivamente regularlos de acuerdo con los principios democráticos y de justicia.

Sin embargo, la democratización de la vida cotidiana de la gente se puede abordar no sólo mediante la construcción de instituciones globales, o el avance en construir federaciones políticas regionales, o mediante la participación en la sociedad civil internacional y los movimientos sociales globales. Estas, las tres columnas del modelo de democracia global de Walzer, son capítulos de lo que podríamos llamar “democratización por arriba”, o desde la cúspide de la sociedad. Esta democratización “por arriba” pretende, de alguna manera, reproducir a escala global el esquema característico del Estado del bienestar: la democracia equilibra, controla y regula al capitalismo. Las instituciones globales democratizan el capitalismo global. Es una democratización no sólo “desde arriba”, sino “desde fuera”, de acuerdo con la lógica propia del modelo de democracia social de mercado.

Pero, hay otras estrategias de democratización que siguen una lógica, y trazos generales, bastante distintos. Ciertamente, el nuevo capitalismo globalizado está devaluando la capacidad de la gente para gestionar democráticamente su vida cotidiana. Hay una segunda manera de redemocratizar la vida cotidiana de la gente, es decir, de recuperar el control sobre el sistema: podemos denominarla “democratización por abajo”. Consiste en construir e inventar ya no *políticas globales*, sino *políticas locales* que suponen tam-

bién un avance en la pugna entre democracia y capitalismo. Un avance que puede considerarse, en cierta medida, como un cambio de las estructuras, modelo o paradigma social en el que nos encontramos.

Estas políticas locales de redemocratización suponen una democratización no sólo “desde abajo”, sino también “desde dentro”. Ya no son las instituciones políticas las que regulan la economía para hacerla más democrática, sino que los propios instrumentos de la democratización “por abajo” permiten que los ciudadanos actúen directamente como agentes democratizadores del sistema económico y social.

Pongamos tres ejemplos muy importantes de “democratización por abajo”, de los que sólo podemos apuntar algunos rasgos fundamentales:

a) La renta *básica de ciudadanía* es “una renta modesta pero suficiente para cubrir las necesidades básicas de la vida, a pagar a cada miembro de la sociedad como un derecho, financiada por impuestos o por otros medios, y no sujeta a otra condición que la ciudadanía o residencia” en el Estado que concede este derecho. Se trata de un pago incondicional y universal que el Estado concedería a todos los ciudadanos para acrecentar su autonomía personal. En principio debería rondar el umbral de la pobreza relativa (la mitad de la renta media, en la UE) y daría un paso adelante en la lógica de protección social propia del Estado de bienestar. Se remite en parte a la vieja idea de la filosofía política griega aristotélica, según la cual sólo son verdaderamente ciudadanos aquellos que disponen de autonomía material. Por esto la renta básica permite proporcionar las condiciones para una verdadera democracia, en la cual todos sean verdaderamente ciudadanos. De otro modo: la renta básica viene a garantizar el derecho a “no ser pobre”, desde el punto de vista material, lo cual parece un objetivo elemental de toda sociedad próspera que pretenda ser democrática.

b) La *democracia económica*. En la última década muchos autores se han interesado desde el ámbito académico, por el llamado *socialismo de mercado*: un modelo económico de mercado, pero más democrático que el capitalismo, puesto que las empresas serían de propiedad cooperativa de sus empleados. Hay varios modelos y propuestas de socialismo de mercado, pero en suma se trata de impulsar un mecanismo donde, una vez bien sentada la libre competencia entre empresas en el mercado de bienes y servicios, los otros dos mercados que configuran el sistema económico capitalista (el mercado de trabajo y el financiero), estén organizados democráticamente sin que eso vaya en menoscabo de la productividad ni de la eficiencia económica. Se trata de democratizar la propiedad –tanto la productiva como la financiera– con el fin de mantener las ventajas del mercado, pero con voluntad de minimizar las evidentes desventajas sociales del capitalismo. En suma: extender la democracia al ámbito económico.

Aun siendo el socialismo de mercado una propuesta meramente teórica, hay realidades que intentan enfocarse en esta dirección. La economía social (cooperativas, mutualidades y algún tipo de asociaciones con fuerte actividad económica) constituye un tipo de tejido empresarial que, a menudo, se organiza de acuerdo con principios democráticos. La economía social –al menos aquella digna de este nombre– no prima la consecución de beneficios, sino la creación de trabajo y la integración armónica de la empresa en el contexto social en el que está inserta. La economía social es el caldo de cultivo en el que se puede crear un nuevo tipo de “indicadores” para juzgar el desarrollo empresarial y económico, indicadores que correspondan a valores más democráticos que los típicamente capitalistas, donde lo prioritario sea la distribución y el desarrollo social, más que el crecimiento económico *per se*.

La economía social está extendida por todo el planeta, y en ella se agrupa una gama muy variada de experiencias empresariales, variada tanto por lo que se refiere a la forma jurídica de las empresas, como al sector y la rama de actividad, como al tamaño y su grado de internacionalización. En el III Foro Social Mundial (Porto Alegre 2003) cobró mucho protagonismo la Red Mundial de Economía Social y Solidaria, como un intento de dar visibilidad a otra forma de hacer economía, más democrática que la capitalista. Nuevos instrumentos de democratización de la actividad económica, como son la *banca ética*, las *etiquetas sociales* o los *balances sociales* y las *auditorías sociales*, parecen apuntar en esta misma dirección. En definitiva, el impulso de la economía social, como materialización concreta de la democracia económica, es otro de los mecanismos que debemos explorar para “democratizar el capitalismo por abajo” – al menos hasta que no aparezcan argumentos convincentes que demuestren que se trata de una vía sin potencial para ir más allá de su propia realidad actual-.

c) La *democracia participativa* tiene la voluntad de dar un paso adelante en el proceso de democratización de las estructuras políticas, proceso que no se ha detenido desde la creación misma del Estado moderno. Quiere democratizar la democracia, o mejor dicho, democratizar el actual modelo de democracia liberal: pasar d’un modelo de democracia representativa estricta, donde la soberanía popular está en cierto modo secuestrada por los partidos, a un modelo de democracia que permita la participación directa de los ciudadanos en la toma de decisiones. Intenta romper el monopolio de los partidos como únicos intermediarios entre los ciudadanos y las instituciones públicas, y reconocer a la sociedad civil organizada y a los movimientos sociales un papel activo y legítimo en esta necesaria función de intermediación. Se trata de permitir que la sociedad civil organizada complemente (no

sustituya) a los partidos a la hora de liderar la deliberación pública y de determinar la agenda política.

Se trata también de abrir las instituciones a la participación directa de los ciudadanos (colectiva o individual), en la deliberación y toma de decisiones. Para ello es necesario poner encima de la mesa nuevos recursos y mecanismos de participación: referéndum, consultas ciudadanas, iniciativas legislativas populares, consejos ciudadanos, asambleas locales, presupuestos participativos, etc. Se trata de llevar a cabo un proceso de reapropiación del poder democrático por parte de los ciudadanos, para que no sólo estén “representados” por las instituciones democráticamente elegidas, sino que ellos mismos puedan “formar parte” de las instituciones.

NOTA FINAL SOBRE LOS ACTORES DEL CAMBIO

Hemos repasado las alternativas al actual modelo de globalización. Hemos visto cuáles son los horizontes concretos de una sociedad mundial en la que las instituciones que encarnan la democracia, la libertad, la convivencia y la solidaridad recuperan el control de la vida económica. La redemocratización de la sociedad global pasa por la redemocratización del capitalismo, que es quien determina buena parte del *pacto social mundial*.

Nos hemos centrado lo que se refiere a la esfera económica, aun cuando las reformas económicas están plenamente imbricadas con otros aspectos que no podíamos tratar aquí: paz y seguridad internacionales, medioambiente, pluralidad cultural y diálogo de civilizaciones, y democratización de los medios de comunicación de masas. Y otra parcialidad: esta conferencia ha abordado sólo el ámbito de las *propuestas*, pero no el de los *actores* que deben llevarlas a cabo.

Acabemos pues poniendo de manifiesto que la construcción de las propuestas debería ir, y de hecho va siempre, de mano de la emergencia de los agentes y grupos sociales que pueden convertirlas en realidad. En las últimas décadas ha aparecido una serie de actores que encarnan este horizonte de reforma de la globalización. El llamado movimiento antiglobalización, que mejor sería denominar como “movimiento en favor de una globalización justa” o “movimiento en favor de la justicia global”, es el más llamativo de estos actores. Poco a poco se está tejiendo una sociedad civil internacional, que incluye organizaciones muy distintas: desde las clásicas como partidos y sindicatos, hasta ONG globales y locales, y hasta los movimientos sociales de más reciente aparición, así como intelectuales, medios de comunicación críticos y centros de estudios internacionales.

La mejor expresión de esta sociedad civil internacional es el Forum Social Mundial de Porto Alegre, con su lema "otro mundo es posible", un movimiento que alguien ha denominado la "Internacional Humana". Esta denominación sugiere una comparación: el rol que el movimiento obrero —y, por ende, las Internacionales— jugaron en el proceso de democratización del primer capitalismo, lo estaría jugando ahora este movimiento social global. El contexto geográfico, tecnológico y cultural de este capitalismo es radicalmente distinto al del capitalismo anterior: éste se basa en las tecnologías de la comunicación y en el conocimiento como factor productivo clave; aquél estaba basado en la fábrica jerárquica y en la estandarización fordista de los procesos productivos; éste se basa en redes financieras, comerciales y productivas muy flexibles; se juega a escala global, mientras que el capitalismo de los siglos XIX y XX se jugaba a escala nacional; aquel capitalismo involucraba fundamentalmente a la sociedad occidental, mientras que el actual capitalismo global involucra a todas las civilizaciones del planeta, con lo cual los conflictos culturales se entremezclan con los conflictos económicos.

La comparación nos sirve para determinar no sólo el contexto en que se desarrolla, sino el carácter de este nuevo movimiento. Podríamos establecer cuatro distinciones básicas. Así como las Internacionales obreras eran un movimiento *de clase*, el de ahora es un movimiento *ciudadano* en el que cabe todo aquel que tenga la democracia como valor político fundamental y se oponga a la mercantilización del mundo. El socialismo de los siglos XIX y XX nació y fue liderado fundamentalmente *desde Occidente*, este nuevo internacionalismo nace simultáneamente *en todas las civilizaciones del planeta*, en pie de igualdad. La izquierda de los siglos XIX y XX era fundamentalmente *jerárquica* (a la manera del capitalismo que intentaba replicar), la izquierda del siglo XXI nace de acuerdo con la *dinámica de la red*, una red global (como el capitalismo neoliberal al que se enfrenta). Por último, la izquierda del siglo XX buscaba la *coherencia ideológica*, aspiraba a una sistematicidad teórica que integrara todos los aspectos relevantes para la transformación social. Esta nueva izquierda, en cambio, hace de la *pluralidad ideológica* y su amplitud una de sus principales fuerzas.

Por eso, una crítica habitual a los nuevos movimientos sociales es acusarlos de falta de coherencia ideológica, incluso de contradicciones insalvables entre los muchos y muy distintos actores que se reconocen en ellos. Quizás las haya, pero no importa. Porque lo relevante es que, en toda la pluralidad de propuestas y programas que se discuten y circulan en este gran espacio político que simboliza el Foro Social Mundial, aflora cada vez de un modo más evidente un hilo conductor, más que un punto de consenso. Un hilo conductor que de algún modo sí articula coherentemente toda esta

pluralidad ideológica y programática: la democratización o lo que, dado su alcance planetario podemos llamar la *gran democratización*.

Democratización de las instituciones internacionales; construcción de un orden de paz y seguridad centrado en instituciones como el TPI; creación de federaciones regionales, economía social y solidaria, renta básica, democracia participativa, crítica de los monopolios mediáticos y denuncia de la privatización de la vida por medio de patentes vinculadas a la ingeniería genética o la biopiratería, el diálogo entre las civilizaciones o el diálogo interreligioso... todos estas cuestiones y las demás que se discuten en la sociedad civil mundial comparten *la democratización* como hilo (conductor) que las resigue y las hace afines.

Otro aspecto fundamental para entender el rol de esta sociedad civil mundial, más allá de su pluralidad ideológica, y los puntos de encuentro de la misma, es interpretar correctamente la manera como encajan —o pueden encajar— los distintos actores que la animan. Curiosamente, en un momento de crisis de la regulación democrática de la sociedad, precisamente cuando ésta entra en un proceso de intensa globalización y está liderada fundamentalmente por los mercados, son los movimientos sociales más que los partidos políticos (incluso los de izquierda) los que lideran el proceso de construcción de esta sociedad civil global. ¿Por qué asumen este rol los movimientos sociales, y no los partidos (ni los sindicatos)? ¿Por qué los movimientos sociales han podido impulsar un movimiento global y no, por ejemplo, la Internacional Socialista, que supuestamente agrupa a todos los partidos socialistas y socialdemócratas del globo?

A mi entender, hay tres poderosas razones estructurales que dan cuenta de la diferencia actual de roles entre partidos y movimientos sociales (MS). Los MS están estructuralmente mejor preparados que los partidos para plantar cara al globalismo neoliberal, por lo que su liderazgo no es casual ni responde sólo a una cuestión de voluntades individuales.

En primer lugar, los partidos tienen una visión fragmentada del mundo, determinada por su territorio nacional y su electorado, y los MS no; y hoy los problemas del mundo requieren una perspectiva global. Los partidos, por su adecuación institucional, piensan los problemas sociales a corto término, de legislatura en legislatura, mientras que los MS pueden pensar a largo plazo, que es la visión que requieren muchos problemas que la globalización está poniendo encima de la mesa. Por último, los partidos tienden a organizar su reflexión y su trabajo programático en función de los intereses de la gente, que no siempre se corresponden con los valores democráticos, mientras que los MS pueden apelar a valores éticos y políticos que apelan a los principios de la gente, aun cuando entren en contradicción con los intereses de esta misma ciudadanía.

Muchas veces, la contradicción está en el interior de cada ciudadano individualmente considerado: entre sus principios (democráticos) y sus intereses (egoístas, materialistas). Y mientras los partidos, aun siendo progresistas, están estructuralmente tentados a apelar a las “bajas pasiones” de los ciudadanos, los MS, dado que no se presentan a las elecciones, tienen mayor libertad para articular aquellos discursos que a la ciudadanía no le apetece oír y, por lo tanto, para hacer de conciencia crítica de su sociedad. Porque no se presentan a las elecciones.

Esta divergencia estructural entre partidos y MS no nos pone ante ninguna solución fácil para el avance del proyecto de democratización, puesto que los MS por sí solos no son capaces de llevar adelante las reformas. Muchas reformas necesarias sólo se pueden hacer desde las instituciones, Estados y Organizaciones públicas internacionales. Por eso, una cuestión relevante a la hora de llevar adelante el proceso de reformas que hemos esbozado, es averiguar y experimentar caminos de articulación entre los distintos actores de esta sociedad civil mundial (partidos, MS, sindicatos, intelectuales y ONG), para que cada cual aporte al proceso de transformación aquella función y energía que sólo él puede aportar. Los partidos vienen a ser el “cuerpo” material de este actor de cambio, mientras que los MS, con su creatividad programática y discursiva, son “el alma” del proceso. La buena sinergia entre unos y otros es condición *sine qua non*, para avanzar hacia ese otro mundo posible. La mejor metáfora de esta sinergia es, a día de hoy, la victoria del presidente Lula, del “Partidos dos Trabalhadores”, en el Brasil.

La llegada de Lula al gobierno de Brasil supuso una ola de esperanza para todos los ciudadanos progresistas de este planeta, por lo que tocaba al Brasil, y más allá. Es el primer gobernante de un país de peso en el mundo al que el movimiento en favor de otra globalización ha reconocido como uno de los suyos. Lula ejerce cierta “representación política” de esta sociedad civil mundial simbolizada por el Foro Social Mundial. Como símbolo de este encaje entre fuerzas políticas y fuerzas sociales, indispensable para que la alternativa aquí esbozada vaya adelante, creo que no está de más dedicarle hoy esta charla.